



Vallejo, Gustavo



La Plata y la ideología del progreso: redes y espacios culturales en la reproducción de un habitus laicista, 1882-1916

Anuario del Instituto de Historia Argentina

2001, no. 2, p. 367-405

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](#), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica éditada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida

Vallejo, G. (2001) La Plata y la ideología del progreso: redes y espacios culturales en la reproducción de un habitus laicista, 1882-1916. [En línea] Anuario del Instituto de Historia Argentina, (2). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.239/pr.239.pdf

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/)

Para ver la licencia completa en código legal, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode)

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

LA PLATA Y LA IDEOLOGIA DEL PROGRESO : REDES Y ESPACIOS CULTURALES EN LA REPRODUCCIÓN DE UN *HABITUS* LAICISTA, 1882-1916

Gustavo Vallejo

Durante las últimas décadas del siglo XIX, la modernización de nuestro país pasó a involucrar decisivamente la organización de las instituciones políticas, sociales y culturales requeridas para que una nación fuera “avanzada”, de acuerdo a los cánones universalizados durante lo que Hobsbawm ha llamado la “era del imperio”.¹ Esta tarea que una elite de liberales positivistas llevó a cabo siguiendo los lineamientos de un esquema evolutivo, que identificaba “barbarie”, “civilización” y el movimiento que linealmente y a través de la ciencia permitía “avanzar”, pasar de un estadio primitivo a otro más desarrollado, tuvo entre sus más relevantes manifestaciones físicas a la fundación de La Plata, en 1882, cuya rápida configuración material, fue representativa de la velocidad con que la tradición hispana e indígena buscaba ser definitivamente sepultada en la alberdiana “República posible”.

Pero además de permear las particulares condiciones que le dieron origen y sus características materiales, la ideología del progreso se vio retroalimentada en La Plata durante sus primeras décadas de existencia, por la conformación de ámbitos de asociación “progresistas” que instalaron un *habitus*² cientificista y laicista. *Habitus* promovido desde espacios locales encargados de propagar el credo liberal inspirados en los ya existentes en Buenos Aires, y con los que, recreando modelos extraídos de su vida urbana, trató de conformarse un campo autónomo iniciando una búsqueda que connotaría también el devenir posterior de la nueva ciudad.

En este trabajo intentaremos entonces indagar en el clima de ideas y en las asociaciones reproductoras de la ideología del progreso vinculadas a la educación,

¹ Como dice Hobsbawm, durante *La era del imperio* (1875-1914) se impuso en todo el mundo un modelo general de estructura de las instituciones deseables de un “país avanzado”. Tenía que ser un Estado territorial más o menos homogéneo, soberano y lo bastante extenso como para proveer el desarrollo nacional, poseer un conjunto de instituciones políticas y legales de carácter liberal, representativo (por ejemplo debía contar con una constitución soberana, estar bajo el imperio de la ley) y preferentemente democráticas, en las que se resumían las aspiraciones de aquellos que no querían quedar al margen del *progreso* moderno.

² BOURDIEU, Pierre; “Campo intelectual, campo del poder y habitus de clase” (pp.9-36), en *Campo del poder y campo intelectual*, Gandhi S.A., Buenos Aires, 1983.

ciertas continuidades que ofrece el campo cultural platense en sus primeras tres décadas de existencia.

Conformación de un campo cultural en La Plata

Como es sabido, el origen de La Plata estuvo ligado a la voluntad del Gobernador Dardo Rocha -y la elite liberal y positivista que representaba- de crear una “nueva Capital” integralmente planificada, valiéndose para ello de la singular coyuntura política y económica que, luego de la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880 y con los abundantes fondos recibidos por la Provincia como contraparte de la cesión realizada, dieron sustento a esa aspiración. La voluntad planificadora en términos muy amplios y la particular articulación de esta obra con los valores atribuidos a la ideología del progreso, distinguen nítidamente a esta operación de una larga sucesión de ciudades fundadas en la segunda mitad del siglo XIX en la Provincia de Buenos Aires a partir de trazados diseñados por el Departamento Topográfico y luego por el Departamento de Ingenieros. Su modelo urbanístico no repetido es así portador de una racionalidad iluminista -sólo comparable en su complejidad y en las condiciones que le dieron origen, a Belo Horizonte en Brasil, la otra “nueva Capital” latinoamericana fundada quince años más tarde- que alentó una casi saintsimonianamente identificación con un sitio del nuevo continente en el que podían gestarse todas las cosas buenas que tenía para deparar un progreso indefinido, dejando atrás, en contrapartida, el lastre de un pasado que interfería en esta tendencia evolutiva.

Pero aún así, el proceso de materialización física de La Plata, caracterizado por una impresionante inversión pública y velocidad en su desarrollo -hasta entrar en una meseta hacia 1890- fue evidenciando situaciones conflictivas, particularmente cuando crisis financieras provocaron una fuerte retracción del Estado y la consecuente imposibilidad de ejercer un rol central en el control del cumplimiento del plan prefijado, pero que ya estaban presentes en el mismo momento fundacional, donde la laxitud que en ciertos aspectos tuvo ese plan, volvió mucho menos armónico de lo que generalmente se cree el paso de la ciudad ideal a la ciudad real.

Sobre estas indefiniciones en la planificación material sobrevuela en cambio un clima de ideas que perdura a lo largo de tres décadas mostrando su preocupación centrada en ejercer un ejemplarizador disciplinamiento de la sociedad desde el papel central atribuido a una educación de carácter laicista y científicista, donde los conflictos,

antes que presentarse entre la elite y la sociedad receptora de esta acción, se manifiesta dentro mismo de la elite y en su relación con aquellos ámbitos en los que mayor fuerza cobraba el cuestionamiento a la idea de progreso y modernidad.

En la relación entre elite y sociedad, las grandes distancias existentes entre una y otra entidad disolvían toda posible conflictividad en favor del mantenimiento de la fuerte hegemonía política. En efecto, si Jefferson sostenía que “las ciudades no se crean por decreto”, Rocha y sus colaboradores se jactaban de revertir esa afirmación a través de La Plata, nacida como una manifestación de la disciplinadora idea de “civilizar” el desierto, irradiadora de cultura urbana hacia vastos territorios bonaerenses que habían sido librados drásticamente de la amenazante presencia indígena, donde aún no existían más que modestas formas de organización local en poblados dispersos -en 1881 sólo 8 partidos de la Provincia poseían entre 4.000 y 10.000 habitantes -incapaces de cuestionar -desde “abajo”- su función asignada -desde “arriba”- de ser meros receptores de acciones de gobierno “progresistas”.

La “cuestión Capital”, como la llamó Dardo Rocha, desde el momento de asumir en 1881 el cargo de Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, implicaba resolver rápidamente la localización de los poderes públicos, pero también y por sobre todas las cosas, disciplinar la sociedad desde los valores de la ideología del progreso, impulsando para ello la creación de una Capital, en el sentido de cabeza -política, administrativa, económica y cultural-, y núcleos poblacionales funcionales a la propagación de normas de urbanidad, libre comercio y un rol productivo que diera sustento cultural y material a aquel propósito central.

En su Mensaje a la Asamblea Legislativa del 1ro. De Mayo de 1882, al anunciar la inminente fundación de la “nueva Capital”, Dardo Rocha se refería a la necesidad de que en la Provincia de Buenos Aires fueran creados nuevos pueblos facilitando la administración y el “establecimiento de escuelas, de templos, y de todo aquello que pueda civilizar y levantar el nivel moral de la campaña”.³ La vida en amplias áreas rurales, que no ofrecían un “lugar de reunión” a los que por las distancias que los separaban no podían considerarse “vecinos”, para Rocha agravaba “los defectos de nuestra raza”⁴ preservando sus más arraigados signos de “barbarie” de tal modo que ya hasta la inmigración –ese todavía indiscutido adalid modernizador de nuestra sociedad- resultaría insuficiente en los intentos por desterrarlos de la cultura local. Pero si esta antinomia

³ ROCHA, Dardo; *Mensaje del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires a la Legislatura*, La Plata, 1882, pp.21-22.

⁴ *Ibidem*, p.22

entre progreso urbano y primitivismo campesino, o bien entre “civilización y barbarie” partía de un determinismo geográfico que responsabilizaba fatalmente del atraso en las formas de vida que allí tenían lugar a un espacio que por carecer de una entidad cultural valorable no podía considerarse sino como desierto,⁵ el hecho de que se extendiera sobre una gran llanura, favorecía la aplicación de un criterio iluminista que, en su propósito de transformar la naturaleza para transformar la sociedad, encontraba escasas resistencias para impulsar el desarrollo posterior: como darwinianamente se creía que la “barbarie” de la campaña era demostrativa de un estadio primitivo en la evolución de la especie, la inserción en nuevas etapas en el desarrollo de la civilización implicaba valerse de la ciencia y la tecnología para transformar la naturaleza instalando focos de irradiación de cultura residentes en la ciudad moderna. Por consiguiente, antes que del aporte de un componente racial proveniente de otras geografías –también valorado, puesto que sólo a través del concurso de la inmigración externa podía contarse con la fuerza de trabajo necesaria para operar los radicales cambios imaginados y con un mercado interno que justificaría el desarrollo económico imaginado-, era de aquellos lugares por donde circulaban las ideas que renovaban la vida urbana, de donde las autoridades consideraban que debía surgir el factor de civilización de “nuestra raza”. Y en el afán circulatorio de esta estrategia iluminista, la llanura entonces, por la debilidad intrínseca de su escasa resistencia al sometimiento a la voluntad del hombre, fue vista como un decisivo factor modernizador –más aún cuando se hallaba provista de un acceso fluvial- donde no existían las montañas, “baluartes” naturales que al obstaculizar la circulación de individuos y fundamentalmente de ideas y mercancías, determinaban la existencia de espacios comunicados, en los que, desde esta perspectiva, resultaba mucho más difícil terminar con las prácticas señoriales de caudillos preservadores de la tradición.

La mirada evolucionista parecía disolver así las contradicciones que se presentaban entre un diagnóstico determinista y el propósito de transformar la naturaleza expandiendo el progreso, en el más estricto sentido poseía ese término a fines del siglo XIX: “el adelanto hacia la perfección ideal que podemos concebir. Las conquistas del hombre sobre la naturaleza, el descubrimiento de una nueva ley, el desenvolvimiento de los principios de la razón, de la justicia y del derecho”.⁶ En la materialización de la “nueva

⁵ Las ideas de Rocha se inscriben en un imaginario cultural construido por el positivismo decimonónico, donde los amplios territorios liberados de la presencia indígena carecían de cualquier estatuto de legitimidad y no podían ser considerado más que como vacíos a llenar por la civilización y el progreso, a través del continuo llamamiento a la ocupación real. Ver ALIATA, Fernando; “Entre el desierto y la ciudad” (pp.24-40), *Block* N° 2, Buenos Aires, 1998.

⁶ Fuente enciclopédica citada en WEINBERG, Gregorio; *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1998, p.50.

Capital”, la ideología del progreso que fáusticamente imponía sobre una naturaleza “débil” el disciplinador orden de un trazado urbano y edificios públicos proyectados antes de haber sido determinado en qué sitio de la llanura pampeana se localizarían, dispuso entonces de tres concurrentes factores básicos: capital, trabajo y un Estado hegemónico con intelectuales orgánicos encargados de articular los dos primeros y al mismo tiempo de asegurar la aceptación social de éste último. En efecto, además de una importante suma de dinero⁷ y el cuasi esclavista reclutamiento de jornaleros que contratadores privados por orden de Rocha realizaron en el norte de Italia,⁸ los técnicos intervinientes tuvieron una particular importancia para dar forma al emprendimiento pero también para legitimar con su sola presencia la aceptación del Estado ante la sociedad. Estos cuadros técnicos, por un lado actuaron dentro del Departamento de Ingenieros, organismo provincial encargado de los principales trabajos urbanísticos y arquitectónicos, que llevaron a cabo destacados profesionales locales y europeos –amén de los arquitectos alemanes y suecos que por imponerse en un Concurso internacional convocado por las autoridades quedaron a cargo de la realización de relevantes edificios públicos-, y por otro lado conformaron una Comisión dirigida por renombrados higienistas.

Establecida esta distancia, que parecía facilitar una tarea de planificación sustentada en la fuerte concentración de poder, suficiente para implementar acciones a ser continuadas en el mediano o largo plazo –ya sea a través del consenso, de la autoacción de quienes implícitamente legitimaban a ese poder o de la represión ejercida sobre los que no lo aceptan-, la realidad absolutamente nueva de La Plata surgió en el contexto de una sociedad apaciguada. Esto fue a la vez un productivo estímulo para la consolidación de un campo cultural local, en el que la puja de intereses circunscriptos en el seno del sector dirigente, parecía resolverse siempre desde la apelación a la modernidad y a una constante mirada al futuro acompañada del preponderante rol asignado a la educación, que en La Plata, desde su fundación y hasta promediar la

⁷ En junio de 1882 una Ley autorizó a la Provincia a invertir la suma de 9.057.637 de pesos fuertes que adeudaba el gobierno nacional por el traspaso de bienes ubicados en la ciudad de Buenos Aires, 2.000.000 por las inversiones hechas en la canalización del Riachuelo expropiado por la nación, y 2.000.000 provenientes de otros recursos. En total la Provincia disponía de 17,057,637 de pesos fuertes. Fernando Barba; “El momento histórico de la fundación de La Plata”, en MOROSI, Julio y DE TERAN, Fernando; *La Plata, ciudad nueva, ciudad antigua*, UNLP y IEAL, Madrid, 1981.

⁸ Más de dos mil jornaleros fueron contratados en las regiones más pobres del norte de Italia por valores mucho más bajos de los que regían una ya opresiva relación entre capital y trabajo en nuestro país. Ver VALLEJO, Gustavo; “De los Apeninos a La Plata”, en BARBA, Fernando (comp.); *Anuario del Instituto de Historia Argentina N° 1*, Editorial UNLP, 2000, pp. 153-173.

década de 1910, operó como fuerte amalgama de distintas vertientes liberales y anticonfesionales.

Sobre esta base, algo que pasa a caracterizar fundamentalmente a La Plata y al campo cultural rápidamente conformado a partir de conspicuos miembros de la elite gobernante, es la permanente relación dialógica establecida con Buenos Aires, en donde residieron los principales conflictos como también los mayores estímulos para superar los momentos de crisis. En efecto, La Plata nació con el propósito de recrear el modelo de Buenos Aires –o más bien de sus ideas, muchas de las cuales no habían sido materializadas aún en el plano urbanístico-, y al mismo tiempo de trascenderlo en cuanto a modernidad valiéndose para ello de los beneficios que –como se creía- reportaría operar racionalmente sobre una naturaleza “débil”. Este propósito, funcional a la creación de un nuevo campo cultural que buscaba articular las ideas de Buenos Aires con la construcción de un espacio socio-cultural autónomo, acompañaba también las aspiraciones presidenciales de Rocha que tendrían una Capital a la medida de ellas y que, por esta misma razón, sólo circunstancialmente parecía concebirla limitada a la égida provincial. Se completaba así una compleja trama de interacciones entre un imaginario que buscaba crear una “nueva Buenos Aires” y los intentos autonomistas de un nuevo campo cultural, dónde, si bien aquel modelo proporcionaba la contraparte deseada frente al “primitivismo” de tierras vírgenes y seres inmersos en la “barbarie”; también quedaba claro el ambicioso propósito de superar ese modelo eliminando las trabas culturales como las de la tradición que aún en Buenos Aires impedían extender los alcances de la ideología del progreso.

Hacia 1885, esto último era especialmente remarcado por Sarmiento, quien por entonces encontró a la “nueva Capital” provincial provista de poderes públicos provinciales y su respectiva burocracia –el traslado definitivo de ellos se realizó en abril de 1884-, instalada en un conjunto de Palacios habilitados parcial o totalmente que prácticamente no tenían un correlato edilicio con los espacios que albergaban las instituciones públicas nacionales en Buenos Aires. A estas materializaciones se sumaban el Observatorio astronómico y el Museo y la Biblioteca Pública, aunque todavía las dos últimas sin espacios físicos definidos.

Sarmiento transmitió a su amigo Filemón Posse la experiencia percibida en esta nueva ciudad a la que asociaba con la transformación deseada para el país por influjo de la ciencia y de la técnica al servicio del confort urbano: “estuve en La Plata y he quedado asombrado de lo que he visto [...] de la vitalidad del país y su fuerza de expansión. [...]

La Plata sale a luz con luz eléctrica, con palacios y monumentos clásicos, con parques antiguos, calles empedradas, bulevares que se cruzan en ángulos rectos y en diagonales y con un puerto profundo, elaborado a la holandesa y que de a dos leguas vendrá a la puerta de los almacenes a depositar su mercadería. Estamos pues muy avanzados en inteligencia creadora en arte y ciencias aplicadas al bienestar. [...] Me parece que me iré a morir allá, entre cosas nuevas y formas elegantes”.⁹

La Plata representaba ante estos ojos sedientos de “civilización”, una equilibrada síntesis de representación del poder y modernidad, de naturaleza domesticada y amplias vías terrestres y fluviales para la circulación de individuos y mercancías, en abierto contraste con Buenos Aires, donde veía en “sus calles tubulares [que eran] un suplicio para los transeúntes”, el peligro latente de la reaparición de la mazorca.¹⁰ Dentro de esta directa asociación entre formas e ideas, entre cultura urbana y sociedad, La Plata demostraba que dándole “espacio al espíritu moderno argentino”, podía trazarse “como sobre el papel del ingeniero, la ciudad futura”, saliendo “del modo colonial” “para inventar habitantes con moradas modernas”.¹¹

Pero además de las amplias vías de circulación que iban siendo delimitadas por el desarrollo de la arquitectura privada, que para su regocijo experimentaba un vertiginoso crecimiento –aún a expensas de la provisoriedad de las soluciones materiales surgidas a la manera de una “ciudad yankee”-, y los notables edificios públicos que se destacaban por encima de ella cualquiera fuera la dirección hacia la que se mirara, Sarmiento se entusiasmó con otro gran elemento modernizador como era el Paseo del Bosque. En efecto, la radical transformación de la naturaleza –de páramo a ciudad moderna- que Rocha buscó mostrar obsesivamente a través de las fotografías que periódicamente le iba encargando a Bradley, incluyó también esta modernizadora creación cultural: era un inmenso monte de eucaliptus que enmarcaba lo que había sido el casco de la Estancia de Martín Iraola, nacido de las semillas traídas por el mismo Sarmiento de Australia en 1858, con el fin de que estas nuevas especies dispuestas disciplinadamente, rompieran “la monotonía de la pampa” contrarrestando la incidencia cultural de formas orgánicas incapaces de adecuarse a una tutorial rectitud educadora del carácter primitivo, como las que poseía el “inútil ombú, con la ociosidad y barbarie que representa”.¹²

⁹ SARMIENTO, Domingo F.; *Epistolario íntimo*, 2 vol., Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1961, vol. 2, p.168.

¹⁰ SARMIENTO, Domingo F.; “La Plata” (pp.65-71), en Pedro Barcia, *La Plata vista por los viajeros*, Ediciones del 80 y Librerías Juvenilia, La Plata, 1982, p.70.

¹¹ *Ibidem*, p.71

¹² SARMIENTO, Domingo F.; *Epistolario íntimo*, op. cit., pp.146-148.

La Plata y la red “progresista”

En la introducción de las ideas civilizadoras que signaron el desarrollo sociocultural de las ciudades latinoamericanas de fines del siglo XIX, un papel importante lo ocupó la formación de campos culturales locales y su integración a redes homogeneizadoras de los propósitos a implementar –surgiendo las cuestiones identitarias recién después de definida una sintonía ideológica en común-, entre las cuales se hallan las creadas por la masonería y organizaciones librepensadoras.

Junto a los importantes adelantos que sedujeron a Sarmiento, La Plata exhibía ya en 1885 un *habitus* educativo fundado en rígidos principios liberales y laicistas, organizado a partir de la preeminente presencia de masones y librepensadores.¹³ En este sentido, a poco de haber finalizado su mandato de Gran Maestro de la Gran Logia Argentina (1882-1883), Sarmiento, no sólo encontraba instalado en la recientemente habilitada residencia del gobernador (Avenida 1 y 115) a quien sería quizás después de él uno de los máximos referentes en la historia de esa organización –nos referimos a Carlos D’amico- sino también a su propio antecesor en aquel cargo, Manuel Langenheim, Ministro de la Suprema Corte de Justicia provincial (1881-1887) y fundador el 5 de mayo de 1885, de la Logia que llevó el nombre de “La Plata Nº 80”. También en 1885 se creó la Logia que llevó la no menos emblemática denominación de “Luz y Verdad”.

El influyente papel que fue adquiriendo la masonería y distintos tipos de organizaciones librepensadoras dentro de la elite dirigente en la Argentina finisecular, resultó determinante a la hora de implementar ideas liberales y laicistas en materia educativa que produjeron una efectiva separación entre Estado y religión y desplazaron en el imaginario social la aceptación de una verdad revelada por la confianza en la ciencia experimental. El nuevo campo cultural que nacía en La Plata, asentado en gran medida en el modelo organizativo proporcionado por estas elitistas e iniciáticas asociaciones, propagadoras del “proceso de la civilización”, instaló claramente un *habitus*, esto es un clima de ideas conformado por la internalización individual de lo social y externalización de lo absorbido, que reprodujo a lo largo de tres décadas en La Plata el papel central asignado a una modernidad sobrevaloradora del disciplinamiento de la sociedad desde los valores de una educación de carácter laicista y científicista, y que,

¹³ Al cumplirse el centenario de la fundación de La Plata, fue abierto el cofre colocado en la ceremonia fundacional, que contenía un gran número de medallas de instituciones que adherían al acto. Entre ellas se hallaban las de las Logias: Abraham Lincoln, Unión de Lobos, Tolerancia, Progress 28, Regeneración, Caridad, Unione Italiani, Liberi Pensatori, Verdad, y 20 de junio.

ante las más agudas crisis, gestó las principales iniciativas revitalizadoras del proyecto fundacional.

Integraron la masonería profesionales activos dentro del Departamento de Ingenieros provincial durante todo el proceso de gestación de la “nueva Capital”: Carlos Glade, autor de planos preliminares del trazado de La Plata y luego encargado de tareas de campo en la delineación de esa traza; y Rafael Hernández, que ameritaba entonces una larga trayectoria en la creación de ciudades del interior de la Provincia de Buenos Aires. El propio Presidente del Departamento de Ingenieros, el ingeniero Francisco Lavalle, quien además integró las dos Comisiones especiales formadas por Rocha en el inicio de la “cuestión Capital”. En aquel organismo provincial también actuó José Marcelino Lagos, creador de una de las primeras Logias argentinas –Unión del Plata N° 1 en 1885- y autor en 1869 de un proyecto de ensanche para Buenos Aires que ya anticipaba algunas características del trazado de La Plata en la disposición de una plaza principal y cuatro distribuidas simétricamente, amén de dos grandes diagonales, y bulevares que delineaban ejes centrales y una avenida de circunvalación con forma circular.¹⁴ Si bien no integró el Departamento de Ingenieros, Juan Martín Burgos, también masón y prestigioso arquitecto argentino que realizó sus estudios en Italia, fue quien reelaboró aquellas ideas, realizando, por iniciativa personal, el primer anteproyecto del trazado para la “nueva Capital” provincial que contiene una cuadrícula base que y diagonales que con pocas modificaciones se mantendrían en el proyecto definitivo. A otro de los fundadores de La Plata N° 80, el ingeniero Pedro Benoit, le cupo un papel protagónico en todo este proceso fundacional, realizando desde el Departamento de Ingenieros, diversos palacios del poder público para la “nueva Capital”, e interviniendo también en el diseño del trazado urbano definitivo. En él puede reconocerse la presencia de una cuadrícula base y el agregado de nuevas diagonales conformando una alusión a la simbólica recreación que la masonería hace del ideario de la ilustración, en la escuadra intersectada por un compás (figura definida por las diagonales 73, 79, 74 y 80 y diagonales 77 y 78, que también aparece en las diagonales que atraviesan el Paseo del bosque).

En ambos instrumentos de diseño, las grandes ideas gestadas en torno a la revolución francesa, encuentran un medio para ser volcadas a la construcción de una *polis* ideal, compuesta de una igualitaria geometría controladora de la naturaleza que es

¹⁴ Ver NOVICK, Alicia “Lagos, José”, en LIERNUR, Jorge y ALIATA, Fernando; *Diccionario Histórico de Arquitectura. Hábitat y Urbanismo en la Argentina*, T.2, Proyecto Editorial, Buenos Aires, 1992, p.231. Sobre el proyecto para Buenos Aires de 1869 ver Adrián Gorelik; *La grilla y el parque*, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

“el lenguaje de la razón en el universo de los signos”.¹⁵ Dentro de este universo, las formas racionales –como el cuadrado, la cuadrícula, las diagonales y la media y cuarta circunferencia que componen el trazado de La Plata, son el resultado de la capacidad humana de transformación de la naturaleza *ad infinitum* que puede ser planificada a partir de una escuadra –o del ejemplo que para Sarmiento residía en la disciplinada rectitud de filas de eucalipto forestados contrapuestos a la anarquía del ombú-, y de los mismos límites a esta noción que se encuentran en la extensión inmodificable de las dos ramas del compás. Ellas son, en definitiva la representación del conocimiento como instrumento que sobrepone la idea de orden al caos, a la materia inerte, o bien a la barbarie, en la convicción de que formas racionales inducen comportamientos “civilizados”.

La iluminista relación entre forma y comportamiento, está implícita en la misma noción de Logia, que al provenir del inglés *lodge*, da cuenta de la importancia que el espacio físico tenía en la determinación de su actividad: aquel concepto, que significa cabaña, hogar rústico –nociones con las que Laugier explicó míticamente el origen de la arquitectura- alude a auténticos hogares en los que, quienes se consideraban “hermanos”, desarrollaban las reuniones y una convivencia en una suerte de refugio inviolable.¹⁶

Antes de que pasaran a desempeñar estas funciones los Templos de La Plata N° 80, ubicado en calle 47 y 7 y de Luz y Verdad, en calle 47 entre 5 y 6, la escala de la incipiente “nueva Capital”, no requirió de las figuras que conformaron el nuevo campo cultural local, la reclusión en un “refugio inviolable”. El ámbito de articulación de ese sector ilustrado, fue entonces la residencia del Gobernador, donde D’amico con tertulias y reuniones periódicas consiguió evitar que los de su condición intelectual abandonaran una ciudad que poseía aún escasos espacios para la sociabilidad.

En 1887 Langenheim creó la Sociedad de Beneficencia de La Plata, en base a la institución fundada en 1823 por Bernardino Rivadavia, y con ella terminó de definirse tajantemente en esta ciudad una sexista división de las tareas, donde, dentro del campo cultural, profesionales e intelectuales destacados actuaban en Logias y organismos del Estado y sus esposas realizaban acciones filantrópicas que las aproximaron a la tradicional noción de caridad cristiana. La Sociedad de Beneficencia de La Plata delimitó así el campo de acción femenino, integrado por las esposas del segundo Presidente de la Comisión Municipal de La Plata, del educador Bernet, Albina Acevedo, del propio

¹⁵ GRUNNER, Eduardo; “La rama dorada y la hermandad de las hormigas” (pp.1-4), *Punto de Vista* N° 42, Buenos Aires, 1992, p.3.

¹⁶ VIDLER, Anthony Vidler La arquitectura de las logias. Ritos y símbolos de la masonería (pp.127-156) en *El espacio de la Ilustración*, Alianza Forma, Madrid, 1997.

Langenheim, del higienista Arce Peñalva. Años después, bajo la presidencia de Dolores Vázquez de Benoit (1894-1895), la Sociedad de Beneficencia inauguró, el 15 de noviembre de 1893, el Asilo de Avenida 66 entre 8 y 9, que proyectara su esposo.

Pero la actividad asistencial que encaraban estos grupos liberales, inclusiva de preceptos católicos a los cuales era más permeable la personalidad femenina aún sujeta a una rígida moral victoriana, no alcanzó a disipar las disputas que la Iglesia local siguió manteniendo con ellos. El tono de esta disputa entre ortodoxos y heterodoxos ante la ideología del progreso lo marcan las encíclicas papales referidas a los males del tiempo, como *Syllabus errorum* (1864) de Pío XI que reprobó todos los errores modernos, condenando explícitamente “reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna”,¹⁷ pero más aún lo marca la constante apelación a ella intensificada en nuestro país a partir del Congreso Católico de 1884. Después de que el Congreso Pedagógico Nacional, integrado mayoritariamente por masones nucleados en la Logia Docente –entre ellos el ingeniero Francisco Lavalle-, originara el proyecto convertido en Ley 1.420 de educación primaria de carácter “obligatorio, gratuito, gradual, dado conforme a los preceptos de la higiene”, los católicos además de ratificar la obligación de acatar la doctrina de la encíclica *Syllabus*, encomendaban a sus fieles asumir una actitud militante que reinstale a la Iglesia en materia educativa.

Para entonces, el *habitus* educativo laicista y científicista de La Plata ya había generado importantes instituciones como Colegios de enseñanza secundaria que pasarían a ser dirigidos por librepensadores estrechamente ligados al propio Sarmiento: el Colegio Nacional, creado sobre la base del Colegio Provincial inaugurado en 1885, y a cargo del abogado sanjuanino Jacobo Larraín –ubicado en la manzana comprendida entre Avenidas 51, 53, y calles 16 y 17-¹⁸ y la Escuela Normal Nacional –diagonal 77 entre 47 y 5-¹⁹ a cargo de Mary O’Graham –maestra norteamericana que también procedía de San Juan, luego de ser contratada en los Estados Unidos por Sarmiento-. A ellas se sumaban Escuelas creadas por una Comisión presidida por Langenheim, y los tres pilares del pensamiento ilustrado decimonónico que preveía el proyecto fundacional de La Plata, el Observatorio astronómico, la Biblioteca Pública y el Museo ya estaban

¹⁷ WEINBERG, Gregorio; *op. cit.*

¹⁸ El edificio que ocupaba había nacido para alojar al Monte de Piedad. Sin embargo en 1885, se instaló allí el Colegio Nacional después de que el terreno inicialmente previsto para sus funciones, frente a la plaza principal, fuera donado al ex-Gobernador Dardo Rocha. Tanto el proyecto original como la ampliación realizada dos años después estuvieron a cargo del arquitecto Francisco Tamburini.

¹⁹ Como la mayor parte de las Escuelas Normales de La Plata y la Dirección General de Escuelas, proyectado del arquitecto Carlos Altgelt.

funcionando. El primero en el Paseo del Bosque, en tanto que la Biblioteca y el Museo – definida su área de incumbencia en las predominantes Ciencias Naturales-, comenzaron a funcionar unificados en 1884 en el edificio del Banco Hipotecario Provincial, a partir de un Decreto del Gobernador D'amico que los colocó bajo la dirección del naturalista Francisco P. Moreno. Recién en 1887 ambas instituciones fueron independizadas, ratificándose en la primera la dirección de Francisco P. Moreno y habilitándose para sus funciones, en 1888, uno de los más significativos edificios públicos que se levantarán en La Plata, consolidando la idea de enclave científico asignada a un sector del Paseo del Bosque que ya albergaba al Observatorio astronómico. En tanto que la Biblioteca continuó funcionando autónomamente, aunque sin un edificio propio, ahora bajo la dirección de un Sarmiento: Santiago Belin Sarmiento.

Pero además de generar instituciones científicas y educativas, también a ese *hábitus* le fue atribuido el detenimiento de las que quedaban fuera de ellas. La llamativa demora en la ejecución de la Catedral de La Plata, reactualizó en el ámbito local la polémica ideológica desatada a partir de los debates por la Ley 1.420. Aún cuando esto no era más que un anticipo de la crisis económica que alcanzaría su punto culminante en 1890 y cuyas manifestaciones afectaban de una manera particularmente intensa a una “nueva Capital” que debía gran parte de su desarrollo edilicio a la acción directa del Estado; surgieron comparaciones que inferían prioridades dadas a otras actividades: “Tenemos concluidas muchas obras, tales como los Ministerios, la Legislatura, el Museo, el Departamento de Ingenieros, los Bancos, el Observatorio, etc, y no contamos para nuestros servicios religiosos mas que con la Capilla San Ponciano [...]. “Se nos dirá quizás, que la época presente es en contra de las iglesias y de los frailes, que estos son retrógrados y que nosotros somos libre pensadores. A todo ello asentimos porque no es nuestro ánimo discutir ideas y religiones sino aceptar los hechos, las prácticas y las costumbres y facilitar al pueblo digno medio de dirigirse al Ser Supremo con sus plegarias, en el modo y forma que mejor lo entienda”.²⁰

Los efectos de la crisis excedieron la intencionalidad que podía deducirse de esta lectura periodística, interrumpiendo también una importante iniciativa educativa surgida de los grupos liberales y laicistas locales, como era el proyecto de creación de la Universidad de La Plata, presentado a mediados de 1889 en la legislatura bonaerense por el ahora Senador Rafael Hernández. La idea databa desde 1885, cuando el médico francés, Juan Larsen, poseedor de un todavía infrecuente perfil humanista –fue Profesor

²⁰ *El Día*, La Plata, 1890.

de griego e Historia antigua en la Universidad de Buenos Aires durante más de tres décadas y tradujo obras de Horacio, Virgilio y Píndaro-, al inaugurar la *Revista de La Plata*, presagió que la nueva ciudad “no tardará en plantear su *alma mater studiorum* o, por otro nombre su Universidad, con todas sus Facultades”.²¹

El 2 de enero de 1890 el proyecto de creación de la Universidad de La Plata, impulsado por Rafael Hernández y avalado por manifestaciones de estudiantes del Colegio Nacional, fue convertido en Ley. Y sin embargo, por falta de recursos, esa Universidad no pudo iniciar sus actividades y sólo pudo implementarse una iniciativa nacida de otra Ley, como fue la creación de la Facultad de Agronomía y Verterinaria, en base a una articulación prevista con el Instituto agronómico que funcionaba desde 1883 en Santa Catalina.

La “crisis de progreso”, que, además de reforzar la oposición filosófica a la modernidad por parte de la Iglesia, originó en el orden nacional otras manifestaciones heterodoxas frente al orden establecido en el cuestionamiento político y social de la Unión Cívica Radical y luego del Partido Socialista, también determinó la sorpresiva aparición del conflicto social en la “nueva Capital”, a través de una huelga desatada en 1896 en los Talleres del Ferrocarril Oeste de Tolosa, que, por su magnitud y prolongación en el tiempo, no tenía antecedentes en nuestro país.²²

Si el palacio que levantara D'amico –calle 14 entre 53 y 54-, una vez finalizado su período de gobierno en 1887, fue concebido como una manifestación del status de su propietario y del sector que representaba dentro del entramado de relaciones sociales de la nueva ciudad, su virtual “huida”, provocada por la crisis,²³ pronto se vio acompañada de la reasignación de funciones que buscaban poner explícitamente de manifiesto un reposicionamiento dentro del campo del poder: después de ser brevemente alquilado a un instituto educativo, el Palacio quedó en manos del Obispado de La Plata.

Luego de un largo período de letanía, en el que la “nueva Capital” experimentaba la crisis con una particular intensidad, la búsqueda de reactivar su desarrollo trunco,

²¹ En febrero de 1885 en medios periodísticos se decía que el gobierno federal establecería una universidad nacional que ocuparía la estación ferroviaria “19 de noviembre” -ubicada frente a la plaza de la Legislatura, hoy San Martín-. DE PAULA, Alberto; *La ciudad de La Plata. Sus tierras y su arquitectura*, Edición del Banco de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, 1987, p.259.

²² Ver VALLEJO, Gustavo; “Especulación y utopía en un barrio obrero de tiempos fundacionales de La Plata”, en *Estudios del Hábitat* N° 7, UNLP, 2000, pp. 19-32.

²³ Al término de su mandato, D'amico viajó a México donde Porfirio Díaz la ciudadanía de ese país, que rechazó, aún cuando se esperaba que con ello pudiera convertirse en Ministro de Relaciones Exteriores y posible sucesor de aquel en la presidencia de la nación. A su regreso a la Argentina, D'amico fue electo en 1904 Gran Maestro del Gran Oriente del Rito Argentino, cargo que hasta ese momento había ocupado Carlos Pellegrini.

venía de la mano de iniciativas impulsadas en el plano educacional por librepensadores locales, quienes volcaron sus esfuerzos en retomar el proyecto de creación de la Universidad de La Plata. Una estrecha relación con la efectiva puesta en marcha de la Universidad, la tuvo entonces la revitalización de La Plata N° 80 y la creación de la agrupación anticlerical que bajo el nombre de “Liga Liberal” conformó en 1896 un conglomerado de sedes en distintos puntos del país entre las cuales tuvo una particular importancia la de La Plata.²⁴ En ella –como dice de Lucía- se confundían partido, club y sociedad democrática, canalizando la inquietud de masones que habían integrado la Unión Cívica y se sentían desilusionados por la política abstencionista y el fracaso del levantamiento radical de 1893 que se había vivido intensamente en la Capital provincial.²⁵ La “Liga Liberal”, encaró una “lucha sin tregua ni descanso por la completa separación de la Iglesia y del Estado”, y entre los “propósitos” contenidos en su Estatuto se hallaba el de “difundir los principios que forman el credo liberal en materia de ciencia y conciencia, trabajando para que sean un hecho en la enseñanza y la educación común y en los estudios secundarios y superiores”.²⁶ Desde este encuadre ideológico se organizaron conferencias sobre “Ciencia y Religión” y se creó un cuerpo de inspectores-ciudadanos, encargados de verificar el respeto a los principios laicos en el seno de los establecimientos educativos y tareas formativas conjuntas con obreros del puerto.²⁷ Integraban la “Liga Liberal” de La Plata miembros de La Plata N° 80, como el propio Rafael Hernández y Carlos Glade y era su Presidente el librepensador español Luis Fors, quien llegó en 1896 a La Plata tras haber abandonado su país por sus ideas republicanas. Además contó con el higienista Víctor Gallastegui, especialista en obras de salubridad que continuó los trabajos que en esa materia iniciaron Médici y Francisco Lavalle en La Plata.

Con los cuadros intelectuales locales, compuestos preponderantemente por abogados, médicos e ingenieros aglutinados en organizaciones masónicas y librepensadoras, la Universidad de La Plata comenzó a funcionar en abril de 1897. Constaba de cuatro Facultades: Derecho y Ciencias Sociales, Ciencias Médicas, Ciencias Físico-matemáticas y Química y Farmacia, que aglutinaban las principales áreas necesarias para garantizar la implementación de la positivista noción de orden, ya sea legal, sanitario y territorial en el seno de la Provincia de Buenos Aires. Y aunque para

²⁴ Ver DE LUCIA, Daniel; “La tradición laica en la ciudad universitaria”, en Hugo Biagini (comp.), *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil*, Editorial UNLP, La Plata, 1999, pp.13-26.

²⁵ *Ibidem*, p.15.

²⁶ *La Liga Liberal*, La Plata, 4 de febrero de 1897, p.1 c.4.

²⁷ *Ibidem*.

Comte orden y progreso no podían escindirse, “el progreso era el desarrollo del orden”, la nueva Universidad nacía modestamente con el andamiaje dirigido a la primera consigna mientras la segunda parecía recaer en todas aquellas instituciones ilustradas y científicas que continuaban funcionando independientemente: el Museo y la Biblioteca, instituciones independizadas en 1887, ratificándose en la primera la dirección de Francisco P. Moreno y designándose como Director de la Segunda a Belin Sarmiento; el Observatorio Astronómico a cargo del francés Beuf y desde 1890, la Facultad de Agronomía y Veterinaria, creada para capacitar recursos técnicos que impulsen el aumento en la productividad de los territorios “ordenados”.

Si bien no integradas aún dentro de un proyecto institucional englobante, unía a todos estos espacios académicos y científicos platenses un común componente laicista, producto de su integración a los articuladores culturales “progresistas” a través de sus integrantes: mientras Dardo Rocha quedó a cargo de la nueva Universidad, el autor de su proyecto, Rafael Hernández, pasó a dirigir la Facultad de Agronomía y Veterinaria donde también Langenheim fue Profesor, en tanto que el Subdirector del Museo de La Plata, Florentino Ameghino, ofreció la disertación en la “inauguración pública” de la propia Universidad. El propio peso de figuras como Ameghino, inscribía al desarrollo de la nueva ciudad en la permanente tensión entre la búsqueda de conformar un campo de poder autónomo de Buenos Aires y la voluntad de integrarse a una igualadora red cultural de propagación del proceso civilizatorio. Así, la Universidad de La Plata, adoptando el modelo de la de Buenos Aires, tanto en su contenido como en la forma de legitimación académica subordinada al reconocimiento del “capital simbólico” adquirido por destacadas figuras en el campo del poder; tuvo, siguiendo una lógica de “sombras arrojadas”,²⁸ como Rector al ex-Gobernador y fundador de la ciudad, Dardo Rocha, poco después de que asumiera ese cargo en la Universidad de Buenos Aires, el ex-Presidente y creador de la Ley de educación superior, Nicolás Avellaneda.

Con escasos alumnos y reducidos recursos económicos, la Universidad sólo dispuso de espacios físicos provisorios para su funcionamiento. Rocha instaló el despacho en su propia residencia particular -50 entre 13 y 14-, mientras que la sede académica de sus cuatro Facultades se concentraron provisoriamente en el edificio ubicado en Avenida 7 entre 47 y 48, que había pertenecido al Banco Hipotecario Provincial hasta producirse su liquidación tras la crisis de 1890. Desde 1884, este amplio

²⁸ GANDOLFI, Fernando; “Temprano crepúsculo. Sobre la efímera existencia de la Universidad de La Plata, 1890/97-1905 (pp.83-100)”, en *Estudios del Hábitat* N° 5, Editorial de la UNLP; La Plata, 1997, p.83.

edificio localizado en la zona edilicia y comercialmente más desarrollada de la ciudad permitió subsanar la ausencia de un ámbito físico que albergara a la Biblioteca Pública y al Museo, hasta que, tras escindirse, la primera institución pasó a ocupar un lugar en el edificio de la Legislatura provincial –inserto en el eje monumental delimitado por las Avenidas 51 y 53 a la altura de la Avenida 7 y calle 8- y la segunda, tuvo resuelta en 1888 su localización definitiva con la inauguración de la gran obra levantada en el Paseo del Bosque por los arquitectos Enrique Aberg y Carlos Heynemann.

La Biblioteca Pública de La Plata continuó funcionando en la Legislatura, aunque también en 1897 fue objeto de una reestructuración de la que surgió como nuevo Director el fundador de la “Liga Liberal” en esta ciudad, el catalán Fors de Casamayor. Este activo militante del laicismo, organizó desde allí actividades de extensión que comprendieron sus “lecturas dominicales”, sermones laicos planteados en directa competencia con la misa, a través de una forma racional de instrucción al pueblo que buscaba contrarrestar el “retrógrado poder del clero” oponiéndole “el libre examen”.²⁹

La preeminencia de esta orientación ideológica, distinguía a la nueva ciudad de los propósitos menos rígidos del campo del poder nacional que recomponía gradualmente sus relaciones con el clero en busca de un mayor consenso social.³⁰ Sin embargo de ese campo del poder nacional surgió la idea de retomar y dar nuevo impulso al programa educacional prevalenciente en una élite local que se mostraba incapaz de revertir por sí sola los prolongados efectos de la crisis de 1890.

Hacia 1902, la Universidad de Rocha se había extinguido, pero no las importantes instituciones científicas creadas ni el *habitus* educativo laicista y científicista, a pesar del ocaso –y más aún de la desaparición física en muchos casos- de miembros de la generación que había participado veinte años antes en la creación de la “nueva Capital”. Sobre la base de preexistencias que comprendían fundamentalmente ese *habitus* que poseía la ciudad, en 1904, Joaquín V. González, una de las más destacadas figuras del *establishment* roquiano –también enrolado en la masonería-, se encargó de conformar una nueva institución: la Universidad, de aquí en más Nacional y englobante de los distintos espacios “progresistas”, sumaba a significativas figuras de Buenos Aires y dotaba a la ciudad toda de un nuevo rol, funcional a su vez al proyecto político que estaba delineando en el orden nacional. En efecto, González buscaba articular la voluntad popular y la supremacía de las capacidades, o bien “el número y la razón”, a

²⁹ VIDAURRETA, Alicia; “Luis Ricardo Fors. Librepensador y bibliófilo”, en Hugo Biagini (comp.), *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París Americano, en las postrimerías del siglo XX*, Diputación provincial, Sevilla, 1993, pp.293-315.

³⁰ DE LUCIA, Daniel; *op. cit.*

través de una idea de educación y democracia, que, en la mente de su fundador parecían fundirse en una institución subsidiaria de una república meritocrática.

Si la escolaridad pública, consagrada por la Ley 1.420, tenía el carácter de corrector de las deficiencias que podía presentar la práctica democrática por la exigua capacidad de discernir de las masas populares que elegían, González, después de crear la Ley de reforma electoral en 1902 –el más directo antecedente de la Ley Sáenz Peña de 1912-, se preocupó por el extremo opuesto del sistema. La democracia presuponía, abajo, hombres capaces de elegir, pero también y por sobre todas las cosas, arriba, hombres capaces de ser elegidos.

Dentro de este marco de ideas, La Plata pasaría a ser la “ciudad universitaria” por antonomasia, aunque en verdad llamada a ser por su ejemplo el inicio de una red de instituciones proveedoras de una nueva elite intelectual educada bajo las virtudes de la ciencia, que garantizarían la descentralización en la selección de las capacidades requeridas por la democracia, a través de un “federalismo natural o social” que llevarían a la realidad “lo escrito en las constituciones”.³¹ De este modo, cada Universidad, se convertiría en “la metrópolis intelectual de una región”, que, desde la perspectiva racional y positivista, su impulsor no dudaba del natural reconocimiento de su supremacía que gozaría en la zona de influencia, por razones científicas antes que económicas o productivas. La Plata sería la “guía intelectual, en su luz conductora, en su foco central de cultura, por la centralización de los estudios universitarios, que le dará de hecho la hegemonía intelectual y la dirección política” sobre aquellas ciudades de las que recibiría “las inteligencias seleccionadas de todos sus núcleos sociales”.³²

El propósito de formar los “mejores ciudadanos” desde una educación iniciada a una temprana edad, otorgó entonces una particular preponderancia a los estudios secundarios, dando origen al Colegio Nacional modelo de la nueva Universidad, dentro del Paseo del Bosque e integrado a un sistema de Internado –dirigido por Ernesto Nelson, colaborador del famoso pensador norteamericano John Dewey- y su *campus*, que, por sus características organizativas, arquitectónicas y urbanísticas carecía de antecedentes en Latinoamérica. Para González el Colegio Nacional contenía “la fórmula perfecta del sistema que el Estado necesita para formar aquel círculo superior”,³³

³¹ GONZALEZ, Joaquín V.; “Conferencia pronunciada en la biblioteca pública de la ciudad el 28 de mayo de 1905” (pp.177-194), citado en CASTIÑEIRAS, Julio; *op. cit.*, T.2, p.183.

³² *Ibidem*, p.185.

³³ GONZALEZ, Joaquín V.; “Discurso pronunciado en el acto de colocación de la piedra fundamental del edificio para el Colegio Nacional” (pp.194-202), citado en CASTIÑEIRAS, Julio; *op. cit.*, T.2, p.195.

articulándolo ahora dentro de un novedoso dispositivo político y académico y un proyecto universitario de “educación progresiva” donde el medio, la arquitectura y el plan urbano prefiguraban una organización racional de alcance territorial como fundamento de un sistema de gobierno federal.

Durante la extendida conducción de González en la UNLP -1906/1918-, el homogéneo staff de nuevos Profesores, exhibió una línea ideológica afín a la que había prevalecido en el campo cultural de La Plata desde su fundación, incluso por una generalizada filiación común a la masonería, aunque ahora estas nuevas figuras procedentes de Buenos Aires, eclipsaban el rol central que habían tenido Logias locales como La Plata N° 80. Entre las pocas continuidades de figuras preeminentes del campo cultural local, puede señalarse la ratificación de Fors al frente de la Biblioteca Pública hasta 1908 y la reincorporación de Ameghino al ámbito académico tras la renuncia de Francisco P. Moreno a la Dirección del Museo de Ciencias Naturales.

Fue el Vicerrector de la UNLP desde que iniciara su actividad, Agustín Alvarez, ex-militar y Doctor en Jurisprudencia, quien se desempeñó como Presidente de la Sociedad Científica Argentina y organizó en 1906 el Primer Congreso Internacional de Libre pensamiento en nuestro país. En él participaron también discípulas de Mary O’Graham como Raquel Camaña, quien, junto a la uruguaya María Abella de Ramírez, creó en La Plata el primero movimiento feminista de nuestro país y la revista *La nueva mujer*.

A partir de la orientación científica y experimental que sobreimprimía la idea de “progreso” al “orden” legal, sanitario y territorial, que imbuía las disciplinas profesionalistas que habían concentrado la actividad de la Universidad creada por Hernández y Rocha –excepto Medicina que recién fue reinstalada en 1919-; la Universidad Nacional de La Plata, asignaba una particular preeminencia a las Ciencias Exactas, Naturales y de la educación.

Por efectos de este programa progresista, La Plata, nacida a partir de la recreación de la vieja antinomia de “civilización y barbarie”, bajo la forma de una “nueva Buenos Aires” que habría de irradiar el progreso metropolitano en el desierto pampeano; al asumir su rol de “metrópolis intelectual”, se veía ahora convertida en “la Oxford argentina”. Ciudad universitaria, impregnada del pensamiento republicano francés y los planteos educativos anglosajones, que, en su laicismo con fuertes pretensiones disciplinadoras, mantuvo latente una intensa puja con la tradición hispana y su perduración en la sociedad moderna identificada con la Iglesia. Si ya en 1910 la

organización de un Congreso nacional de Círculos de Obreros Católicos, con el objetivo de congregar “distinguidos ciudadanos” que trajeran a La Plata “la representación de sus ideas conservadoras de la nación”,³⁴ daban cuenta de una intención de contrarrestar el prevaleciente *habitus* de esta ciudad, la profundización de esta antinomia en el campo del poder asumió más tarde una inusitada virulencia: “Ya estamos cansados de oír citar como autoridad en materia educacional al Doctor Joaquín V. González, cuyo mérito principal ha consistido en inventar ese organismo sin funciones que se llama Universidad de La Plata, y rodeándose allí, para que le den bombo, de todos los corifeos liberales del país. Esta ha sido, sí, una obra sectaria, levantada exclusivamente contra el cristianismo argentino. Allí fue vicepresidente Agustín Alvarez, el jefe de la masonería, y secretario Del Valle Ibarlucea, el Senador socialista. Allí han sido Decanos Piñero, Rivarola, Matienzo, Mercante, Besio Moreno, todos liberales; allí han sido Profesores Holmberg, Lugones, Ferreyra, Senet, Rojas, Nelson, Ingenieros, Herrero Ducloux, Herrera, Chiabra y tanto otros enemigos declarados de la Iglesia, científicos los unos, teósofos los otros y normalistas los demás. Esa es una institución peligrosa para la moral y el orden”.³⁵

Aunque resistente a estos embates, la hegemonía ejercida en La Plata por la elite liberal y positivista nucleada en la Universidad, comenzó a resquebrajarse. Por un lado por la recomposición del campo cultural local que, por fuera de una institución gobernada por figuras que diariamente colmaban el Tren a Buenos Aires de las 18:00 horas; encontró otras redes de articulación de la “gente decente” en Clubes Sociales -que desplazaban también a las Logias- como el Jockey, cuyo Presidente, Luis María Doyhenard, fue desde 1909 el Comisionado Municipal. Esta situación fáctica manifestaba la escisión del campo cultural y del campo del poder, donde comenzaba advertirse que el grado de ilustración exhibido en el primero ya no era suficiente para legitimar su hegemonía en el segundo, algo que González también vivía en su progresiva pérdida de protagonismo en la escena nacional. Por otro lado la hegemonía gonzaliana en el campo cultural local comenzó a ceder además ante un cuestionamiento interno que terminó por resquebrajarla ante su propia incapacidad de adecuarse a los cambios sociales que introdujeron la masividad como un nuevo tema surgido del proceso democratizador iniciado en 1916 -obligando a clausurar el régimen de Internado-, y a los cambios culturales que provocaron el desplazamiento de la “ideología del progreso” a partir de la

³⁴ *El Día*; La Plata, 16 de octubre de 1910.

³⁵ DIAZ SALAZAR, J.; “La escuela y la religión”, *El Universitario*, 14 de junio de 1917, reproducido en *Revista de Filosofía* N° 4, julio de 1918, p. 143.

recepción de líneas filosóficas idealistas que acompañarán también el surgimiento de la Reforma Universitaria.